

Luis A. Gonzalo Díez (ed.)

**Presente, memoria,
porvenir**
Soñar y diseñar la vida consagrada
del siglo XXI

SIMPOSIO TEOLÓGICO
REVISTA *VIDA RELIGIOSA*
75 ANIVERSARIO



MADRID

«El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y el tratamiento informático, sin la preceptiva autorización».



Presente, memoria, porvenir
© Publicaciones Claretianas, 2019

Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo, 3º
28008 Madrid
Tel.: 915 401 267
Fax: 915 400 066
<http://www.publicacionesclaretianas.com>
Correo-e: publicaciones@publicacionesclaretianas.com
comercial@publicacionesclaretianas.com

ISBN: 978-84-7966-663-7
Depósito Legal: M-15505-2019

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf

LUIS A. GONZALO DÍEZ
¡Ha llegado la hora! El presente es porvenir..... 9

AQUILINO BOCOS MERINO
*El presente de una memoria inquieta: 75 años
acompañando a la vida consagrada y vislumbrando
nuevos caminos* 19

NURYA C. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ
*En diálogo con la sociedad emergente: otro lenguaje,
otros signos, otra presencia.....* 55

JOSÉ TOLENTINO DE MENDONÇA
Cuando la espiritualidad no olvida los cinco sentidos.... 93

JUAN MARÍA GONZÁLEZ-ANLEO
*El contexto que interpela y apremia: sociedades,
instituciones, organizaciones «en salida» ¿hacia dónde?,
¿con quiénes?.....* 107

JOSÉ CRISTO REY GARCÍA PAREDES
*En línea con las corrientes del Espíritu:
seguir a Jesús en un cambio de época.....* 129

JOSÉ M ^a RODRÍGUEZ OLAIZOLA	
<i>Perder el miedo al presente. Acoger, asumir, integrar nuevos estilos de vida y consagración.....</i>	145
EMILI TURÚ	
<i>La innovación en la transformación de las estructuras: crear nuevos espacios, nueva fraternidad (sororidad)</i>	171
MONTSERRAT DEL POZO ROSELLÓ	
<i>La innovación en el servicio de animación y liderazgo de la vida consagrada.....</i>	187
SANTIAGO AGRELO	
<i>En la liturgia de la humanidad migrante: hacia otra configuración de nuestra espiritualidad</i>	217
ÓSCAR R. MARADIAGA	
<i>Reorganización de la vida consagrada/ reorganización de la Iglesia... Un proceso doloroso, pero nunca abandonados por el Espíritu</i>	239
SILVIO J. BÁEZ	
<i>En los conflictos internos y externos, mediación y reconciliación</i>	261

En diálogo con la sociedad emergente: otro lenguaje, otros signos, otra presencia

NURYA C. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, ACI
Profesora de Teología. Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

INTRODUCCIÓN

El tema propuesto por la revista *Vida Religiosa* para celebrar estos 75 años de vida es un precioso incentivo para no dejar de pensar y sobre todo de «soñar» y de «ensayar diseños en construcción» sobre la vida religiosa. Ahí me sitúo. En una mirada hacia adelante que, sin embargo, no se puede desvincular del presente. En mi caso, nuestro presente será el marco desde donde pienso y el contexto que se me ha dado en el título de mi conferencia: «en diálogo con la sociedad emergente».

Por otra parte, me sería imposible soñar sin hacer pie en lo pasado, en esa «memoria» que, cada día estoy más convencida, «nos salva» ¡de tantas cosas! y nos brinda el cimiento que hace posible lanzarse sin miedo hacia futuros inciertos, rastrear espacios, formas y modos diversos de estar en el mundo.

Por esta razón, esta colaboración no quiere ser más que «un ensayo» de propuesta sobre algo tan exigente como los temas apuntados en la segunda parte del título: «otro lenguaje, otros signos, otra presencia».

Ensayar

Se trata de «ensayar». Un término que es también una imagen y que apunta hacia una forma de estar (lenguaje, signo, presencia); y la primera palabra que quisiera destacar. No sólo porque lo que voy a hacer sea «ensayar», sino porque creo que este término tiene algo que decir hoy a la vida consagrada.

Si le preguntamos a la RAE por este verbo, «ensayar», nos dice:

«De ensayo.

tr. Probar, reconocer algo antes de usarlo.

tr. Preparar el montaje y ejecución de un espectáculo antes de ofrecerlo al público.

tr. Hacer la prueba de cualquier tipo de actuación, antes de realizarla.

tr. Probar la calidad de los minerales o la ley de los metales preciosos.

tr. desus. Sentar, caer bien algo....

intentar (|| procurar).

prnl. Probar a hacer algo para ejecutarlo después más perfectamente o para no extrañarlo»¹.

Los sentidos son muchos. En este caso me gustaría detenerme, en primer lugar, en la acepción que nos habla de la preparación de un espectáculo. Nos invita a ser, de alguna manera, «actores» que «ensayan» incansablemente en este «teatro» que es nuestro mundo.

En un tiempo como el nuestro, en el que la televisión nos llena de programas que buscan descubrir talentos: por su voz

¹ << <https://dle.rae.es/?id=FcVZDQz>>>, consultado 1/03/2019.

y capacidad interpretativa, como *Operación Triunfo*, o como en *Máster Chef*, por su destreza en la cocina, o con la aguja... en *Maestros de la costura*, quizás podamos encontrar algo «rescatable» en este «imaginario de concurso». Por una parte, la invitación que todos reciben a explorar nuevos caminos, a probar cosas nuevas, a arriesgar. Por otra parte, la pantalla nos permite contemplar el esfuerzo, los intentos, los «ensayos».

Los ensayos requieren repetición, constancia, trabajo..., a veces mucha precisión, pero también posibilitan experimentar cosas nuevas, arriesgar locuras nunca probadas. Los ensayos invitan a llegar hasta el límite para ver si somos «capaces de...»; a inventar nuevos caminos, a probar nuevas mezclas, nuevos sabores, nuevos colores, nuevas posturas; a llevar nuestras posibilidades y capacidades más allá; a adentrarnos en zonas no exploradas. El tiempo del ensayo nos hace más capaces de asumir riesgos, novedades y locuras. Ensayar trae consigo una «forma propia de presencia» y precisa una actitud «particular».

Algo de todo esto es lo que hay detrás de este término, «ensayar», aplicado a nuestra vida consagrada.

Es una llamada a no cansarnos de buscar, de probar, de experimentar, de contrastar, de repetir cambiando los ingredientes, la perspectiva, las condiciones de «ensayo». Ensayar la vida consagrada acariciando lo nuevo, lo embrionario, con ternura y deseo de más. Ensayarla *desde la pequeñez* de quien no sabe, no tiene respuestas previas, y carga sobre sí con muchos o algunos intentos fallidos. *Con humildad*, con los ingredientes que tenemos al alcance. Desde lo cotidiano, pero también *desde la locura* de un corazón que arde y da luz a los ojos para soñar futuros diversos, llenos de vida, futuros luminosos y abiertos.

Ensayar nos habla de una tarea, tarea cotidiana, muchas veces repetitiva, oculta, casi imperceptible... pero habitada de sueños y presencia.

Osadía, descaro, locura, irracionalidad e ilógica, la ilógica del amor, la ilógica de la pequeña esperanza.

I. *EIDOS, LOGOS Y ETHOS*

Para adentrarme más explícitamente en el tema que se me ha sugerido, voy a recurrir a la ayuda de tres términos que, de alguna manera, me permitan dar cuenta de «otro lenguaje, otros signos, otra presencia». ¡Al menos ensayarlo! Y hacerlo de una manera integrada, es decir, mostrando las mutuas implicaciones e interrelaciones que se dan entre el lenguaje, los símbolos y la presencia. Porque la construcción de la realidad se muestra siempre dependiente de la relación que se establece en la cultura, entre su imaginario, su comprensión y las creencias existenciales². Es decir, las relaciones entre *logos*, *eidos* y *ethos*.

1. *Logos*

El *logos* es la palabra en cuanto meditada, reflexionada o razonada. Se trata de un término griego que puede traducirse de distintas formas: habla, palabra, razonamiento, argumentación o discurso. También puede ser entendido como: «inteligencia», «pensamiento», «sentido».

² Así lo ha expuesto con brillantez Emile DURKHEIM en *Las formas elementales de la vida religiosa* (Alianza editorial, 2014), así como el clásico de BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Amorrotu editores, 1995.

El *λογος* de una realidad nos refiere al saber o discurso sobre ella, al conocimiento, pensamiento, explicación de la misma. Pero como no hay idea sin imagen que la acompañe –como Zubiri nos ha dejado muy claro hace tiempo demostrando que la nuestra es una «*inteligencia sentiente*»– ese *logos* va siempre inevitablemente acompañado de un conjunto de representaciones, relatos, metáforas, símbolos colectivos y signos que se encarnan en imágenes. Esto es lo que vamos a denominar «imaginario». Y para referirnos a él nos vamos a servir del término *eidos*.

2. *Eidos*

Se trata de otra palabra griega, *εἶδος*, que de un modo general –sin entrar en lo que ha sido su uso posterior por la filosofía platónica–, indica el aspecto exterior, con significado de «forma», «figura», «tipo» o «especie», que ofrece una cosa al verla.

Nosotros vamos a utilizarlo para referirnos al *imaginario*. Pero como el imaginario siempre corre el riesgo de ser confundido con aquello que evoca y como, además, responde a mecanismos inconscientes que son los que le dan la eficacia, pero que no se someten a análisis... urge confrontarlo con el *logos*. Ambos, *logos* y *eidos*, pensamiento e imaginario son fruto de, y al mismo tiempo reclaman, *un comportamiento* determinado.

3. *Ethos*

Tenemos entonces el tercer término griego: *ἦθος*. *Ethos* hace relación al conjunto de rasgos y modos de comportamiento que conforman el carácter, la identidad de un individuo o, en conjunto, una comunidad; sus costumbres, sus

inclinaciones, sus hábitos, sus conductas, sus modos de presencia en el mundo.

Como nuestro objeto es la vida religiosa, el desafío que hemos de afrontar será el de lograr que ese *logos sea comprensible*, hablar un lenguaje inteligible para nuestro mundo hoy y conectado con sus experiencias.

Por otra parte, si el contexto con el que hemos de entrar en diálogo es la «sociedad emergente», entonces el marco cultural de comprensión y atribución de sentido no podrá ser otro que el postmoderno. Es bien sabido que, la mayor parte de la vida consagrada, a día de hoy, aún está agarrada a la modernidad (por edad, formación y dificultad para soltar agarraderos firmes).

La búsqueda de un logos comprensible lleva consigo la exigencia de *recrear nuestro lenguaje y su gramática*, entendida esta en sentido amplio, como *el suelo de significantes* sobre el que se instala la doctrina.

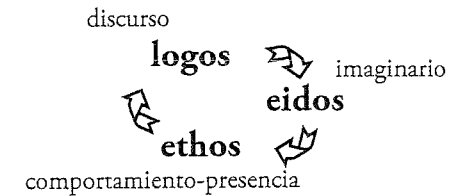
Ahora bien, este lenguaje tendrá que estar conectado con la *vida cotidiana* de esa sociedad emergente para que pueda tener repercusiones significativas en lo ordinario de cada día, así como para ser capaz de *interrogar y dialogar con el imaginario social vigente*, y de configurarlo con sus imágenes. Lo cual será imposible si no revisamos y recreamos nuestro imaginario, tratando de buscar imágenes, alternativas, próximas a nuestro mundo cultural y las dotamos de sentido y significación.

La representación, la imagen, el imaginario en un sentido más amplio, es absolutamente esencial para dinamizar y provocar la acogida y la adhesión a un relato. Y más en una cultura como la nuestra que es una cultura de la imagen.

El *logos* nos reta a manejar conceptos que sean comprensibles y susceptibles de incorporación al lenguaje habitual.

El *eidos* nos impulsa a buscar imágenes plásticas inteligibles que puedan incorporarse en el imaginario social o que ya pertenezcan a este, pero que puedan ser resignificadas sin excesiva dificultad.

El *ethos* nos invita a un tipo de presencia que pueda realizar un anuncio, en consecuencia, que vaya calando en la conciencia social, y sea capaz de modificar y configurar conductas de la vida cotidiana.



Vamos a situar esta circularidad que existe entre *logos-eidos-ethos* en una sociedad líquida.

II. EN UNA SOCIEDAD LÍQUIDA

El filósofo polaco, Zygmunt Bauman acuñó para este tiempo el término *líquido* —«la modernidad líquida»— para definir el estado fluido y volátil de la actual sociedad, sin valores demasiado sólidos, en la que la incertidumbre por la vertiginosa rapidez de los cambios ha debilitado los vínculos humanos. Lo que antes eran nexos potentes ahora se ha convertido en lazos provisionales y frágiles.

Pero el término «líquido» puede ser entendido también como algo positivo. Porque ese estado fluido y volátil también es más capaz de mantener vivo el ingenio, de abrir a la

inquietud creativa, de mantenernos despiertos, de ayudarnos a tomar conciencia de que siempre estamos en proceso, en evolución, en crecimiento. El carácter líquido permite una mejor aproximación, apertura y adaptación a los otros, a los tiempos, a relacionarnos con lo distinto, con lo que en principio no encaja bien con nuestras «formas» a veces excesivamente estáticas o rígidas. No deja de tener sus peligros, pero también asoman nuevas posibilidades. Con agudeza afirmaba Bauman: «Pero en la modernidad líquida seguimos modernizando, aunque todo lo hacemos hasta nuevo aviso. Ya no existe la idea de una sociedad perfecta en la que no sea necesario mantener una atención y reforma constantes. Nos limitamos a resolver un problema acuciante del momento, pero no creemos que con ello desaparezcan los futuros problemas... ni la incertidumbre, inseguridad y vulnerabilidad. Si bien esta situación se podría traducir también como “precariedad”, lo fundamental es el sentimiento de inestabilidad asociado a la desaparición de puntos fijos en los que situar la confianza. Desaparece la confianza en uno mismo, en los otros y en la comunidad»³. Así pues, tenemos ante nosotros un gran reto abierto: el de la «confianza», un reto tremendamente propio de la fe.

Por otra parte, todo fluye y no es fácil detener estos flujos. Fluyen las corrientes migratorias, los mercados, el comercio, la información, el capital. Nos hemos convertido en *adictos a la seguridad* pero siempre inseguros de ella (*miedo líquido*, lo llama Bauman), aunque lo aceptamos como lógico, o al menos como irremediable, convirtiendo en normal «el estado de emergencia». Los temores son muchos y variados, reales o imaginarios, individuales y colectivos, afectan a nuestras socie-

³ GAMPER, Daniel, *Entrevista líquida con Zygmunt Bauman*, publicada en el suplemento «Culturas», *La Vanguardia* (12/05/2004).

dades, nos afectan a nosotros y, subterráneamente, van minando nuestra esperanza.

Sin embargo, en este mismo sentimiento de inestabilidad, de inseguridad y de miedo es posible descubrir el *kairós*, la posibilidad del momento presente, como llamada. Las seguridades de ayer caducaron y tenemos un hoy en el que hay que formular una experiencia vital apoyada en contextos vulnerables.

Nuestra vida consagrada será signo y presencia de esperanza en nuestra sociedad si somos capaces de vivirla en terrenos de arenas movedizas; si en medio del fluir de la sociedad, la política y la cultura, se nos percibe agarrados a lo único necesario; si aprendemos a caminar sin mapas seguros, a ir descubriendo caminos sin vocación de perpetuidad, referentes que tal vez nos sirvan un tiempo, pero no van a estar allí para siempre, porque también ellos fluyen; si somos capaces, en medio de la vulnerabilidad –propia y ajena–, de generar vínculos de confianza y horizontes de esperanza.

III. IMÁGENES PARA UNA FORMA DE VIDA SIN FORMA

La metáfora de lo líquido⁴ define nuestro momento: tiempos líquidos, sociedad líquida, miedo líquido, amor líquido..., porque, como hemos dicho, nos habla de fluidez, cambio, flexibilidad, adaptación de los continuos e irreversibles cambios que caracterizan nuestra época. Lo líquido no se fija en el espacio ni se ata al tiempo, se desplaza con facilidad, no es posible detenerlo sencillamente.

⁴ La última publicación de BAUMAN Zygmunt y LEONCINI, Thomas, *Generación líquida: Transformaciones en la era 3.0*, Ediciones Paidós, Barcelona 2018. Se trata de una entrevista que comienza afirmando que «en el mundo actual todas las ideas de felicidad acaban en una tienda».

Una de las características más determinantes de lo líquido es que no mantiene la forma. Parecería que estos tiempos de incerteza e incertidumbre resisten mal las formas rígidas y, peor, establecerse en ellas. Algo que afecta también a la vida consagrada.

Mi percepción va siendo, cada vez con más fuerza, que a lo que estamos llamados es a *una forma de vida sin forma*. Con ello no quiero decir que se trate de una vida ni deforme, ni a-forme. No me refiero a una vida consagrada líquida, sin consistencia. La expresión «sin forma» trata de transmitir la idea de que no hay una forma fija y estable que debamos buscar para sustituir la antigua; que lo «peculiar» de nuestra vida consagrada pasa hoy para nosotros, en este momento histórico, por ser capaces de *resistir* —sostenidos por la confianza en Dios, con paciente espera y desviviéndonos en el amor— este no saber, no poder y no poseer la respuesta definitiva, ni la forma estática sobre la que reposar y descansar nuestra consagración.

El nuestro sigue siendo tiempo de búsqueda, tiempo de espera, tiempo de escucha y de una radical atención amorosa para detectar indicios, señales, guiños del Espíritu que nos orienten hacia una forma que se promete cambiante, no definitiva, sin unos perfiles demasiado claros...

Dos imágenes pueden ayudarnos a captar la idea que hay detrás de esta expresión, «una forma de vida sin forma»⁵:

— La primera es la de un *cuerpo para el Espíritu* cuya forma va a ser definida por ese Espíritu en la medida en que se deja habitar y llevar por Él, y no intenta imponerle una forma rígida para que después Él se adecue.

⁵ Cf. URÍBARRI, G.-MARTÍNEZ-GAYOL, N., *Raíz y viento*, Sal Terrae, Santander 2015, pp. 183-210.

— La segunda es la del *grano de trigo* que, si se agarra a su forma, si se queda fijado en alguna de las formas transitorias por las que pasa, entonces se pierde infecundo y no da fruto. Solo renunciando a su forma puede abrirse a la novedad de aquella nueva forma que lo hará fecundo.

En todo caso, el nuestro es un tiempo de resistir «el tirón» y de evitar la tentación de emprender *la huida*: sea hacia delante —cediendo a la primera propuesta que se nos ofrezca—, sea hacia atrás —mirando con nostalgia otros tiempos—. Se trata de reconocer que no tenemos aún la respuesta concluyente, que hay que seguir caminando, atentos a los signos de los tiempos, bebiendo de nuestras fuentes, arraigados en lo esencial con hondura y paciencia, pero «*sin adelantarnos al Espíritu*».

Lo que se nos pide hoy es una *existencia exodal*, en camino, en salida, sin detenernos, sin descanso, sin justificaciones... centrada y atenta al Dios que nos guía y que nos dirige tal vez hacia donde nosotros no queremos, pero que en el camino no deja de darnos el alimento de cada día, aun sin permitirnos guardar nada como si fuese definitivo (cf. Ex 16,4-5). Un camino «*con otros*», como parte de un mismo pueblo, donde la llamada específica que recibimos es a sostenerlos en la *confianza* (fe), en la *esperanza* y en el *amor*.

La vida consagrada tiene que ver con *la forma que cada cristiano ha de dar en su propia vida* a la común vocación a la santidad, a la común consagración recibida del bautismo y, aún más, podríamos decir que a la común llamada al seguimiento e identificación con Cristo. La particularidad de nuestra consagración está en que dicha identificación mira como paradigma la vida del Jesús histórico. Pero en lo que concierne a su modo de vida, el consagrado es aquel cuya

forma de vida se debería caracterizar, justamente, por *carecer de forma* o, lo que es lo mismo, por una plena disponibilidad a recibir esa forma, y a perder toda forma que no sea la de una *total disponibilidad a recibirla* y a que, una vez recibida, sea una y otra vez hecha y rehecha.

Hacerlo nos invita a cambiar nuestro imaginario sobre nosotros mismos, sobre nuestras seguridades, sobre nuestro modo de estar en el mundo.

Por esta razón quisiera comenzar con algunas imágenes (*eidos*), que nos irán arrastrando hacia un cambio de lenguaje (*logos*) y de modos de presencia (*ethos*). Ciertamente, toda imagen, toda metáfora, es limitada. Pero cambiar nuestro imaginario nos va a posibilitar nuevos acentos, nuevas perspectivas, que tal vez se nos escapan si nos mantenemos siempre en el mismo imaginario.

He elegido tres que nos servirán de punto de partida para recrear nuestro lenguaje y apuntar hacia las actitudes que nos permitirán dar una mejor respuesta a esa misión que da sentido a nuestra vida y opción: una *tabla de surf*, una *nube*, y un *espacio para okupas*.

IV. LA TABLA DE SURF

1. *Eidos: tabla de surf vs. barca*

Este tiempo líquido debería ayudarnos a situar la seguridad solo en aquello que permanece, a arraigarnos en lo único que es capaz de dar estabilidad; a, «en medio de una mar bravía» en una oscura tempestad, escuchar con nitidez aún en medio de otros ruidos: «¿Hombres de poca fe, por qué teméis?» (Mt 8,26).

Quizás esta sociedad líquida nos comprendería mejor si cambiásemos la imagen del sólido barco –desde tiempos pretéritos signo de la Iglesia, de pertenencia, de la unidad de aquellos que realizamos una común misión–, por una *tabla de surf*. Se trata de una estructura más inestable, que nos proporciona menos seguridad; pero también más rápida, más sencilla, menos compleja en estructuras. La tabla de surf pesa mucho menos, es más fácilmente sustituible y, ciertamente, portable de un lado a otro. No condiciona tanto el lugar en el que tenemos que estar. Es verdad que nos emplaza ante un instrumento que parecería que tiene mucho de individual, pero es bueno no perder de vista que no surfeamos solos.

En realidad, esta imagen puede resultar lejana para algunos de nosotros: tan distante como lo está el surf de nuestras preocupaciones, tan imposible como para no pocos puede estar el surfear a ciertas edades en las que los problemas se centran más bien en cómo caminar sin mucha dificultad. Pero, como decía al comienzo, la virtualidad de una nueva imagen está en su capacidad de proporcionarnos nuevas perspectivas, nuevas preguntas, nuevos modos de comprendernos. Por otra parte, la imagen no sirve solo para explicarnos a nosotros mismos, sino para mostrarnos hacia afuera y transmitir lo que somos. De ahí que deba ser atractiva para quienes puedan estar interesados en compartir nuestro modo de vida. Tengo la sensación de que nos interesan en nuestras filas hombres y mujeres con perfiles un poco «surfistas».

Hablamos de la tabla de surf y del imaginario que crea a su alrededor sin olvidar que, tras dicho imaginario, existe toda una filosofía que nos invita a un modo de comportamiento y de presencia en el mundo.

2. El ethos del surf

En primer lugar: *dejarse fluir*. Se trata posiblemente de la enseñanza fundamental que se adquiere al estar en contacto con el mar. Las sacudidas provocadas por el movimiento y la fuerza de las olas te enseñan que la rigidez y la agitación no son nuestros mejores aliados en momentos confusos y amenazantes. Es la serenidad, el dejarse fluir en medio de los acontecimientos convulsos, lo que nos permitirá amoldarnos al revolcón tal como se presente, hasta el punto de emerger a la superficie.

En segundo lugar, *un paciente discernimiento*. El surf requiere paciencia, sabiduría, perseverancia y fortaleza. La perseverancia y la fortaleza son necesarias para remar contra el oleaje, contra la corriente, para luchar contra las fuertes espumas y resistir al cansancio, con el objetivo de llegar donde se quiere estar. Una vez que se pasa la rompiente y que el surfista está sentado en la tabla, se requiere *paciencia*. Hay que esperar a que vengan las olas. Vendrán a su tiempo, un tiempo que no determinamos nosotros. Cuando esto ocurra, habrá que tomar una decisión y elegir una de entre el montón. Si se elige una muy alta, podemos clavarnos de punta en el agua y ser violentamente revolcados, perdiendo absolutamente el control. Si la ola es muy pequeña, no tendrá fuerza y no nos llevará con ella, habremos gastado energía en vano... Si la ola es muy frontal no nos dará recorrido... Es decir, se trata de practicar (también aquí de «ensayar») hasta adquirir la sabiduría que nos permita *discernir*, dejarnos iluminar por el Espíritu en el momento adecuado, después de esperar lo que sea menester y, entonces, arriesgar.

El surf nos recuerda la importancia de la paciencia, comprendida de tal modo que no nos impida *disfrutar del proceso de espera*, no cegarnos en la obsesión de que llegue «el olón», de tal manera que no seamos capaces de gozar con los momentos previos de espera. ¡Esa alegría a la que nos invita tantas veces el papa Francisco!

En el surf, el camino es también la meta. Nos invita a estar preparados, atentos, a vigilar constantemente el horizonte, sin dejar de poner todo de nuestra parte en el momento presente para, después, dejarnos fluir. Sabiendo que no todo está en lo que hagamos. Importa la actitud, pero sobre todo el dejar espacio para la gracia, para Aquel en cuyas manos está todo, y para que sea el Espíritu el que nos conduzca.

En el surf, las olas son el objeto de tus deseos y de tu adoración más profunda, pero al mismo tiempo aparecen como tu adversario, tu némesis o incluso tu enemigo mortal. El surf te sitúa ante un entorno querido, pero muchas veces hostil, ante un mundo siempre dinámico, siempre en cambio... como el que encaramos cada día⁶.

Hay también *un grado de renuncia en la vida del surf* que nos enseña. Gastar tantas horas, meses, años, haciendo algo tan inútil e improductivo es toda una declaración sobre las expectativas sociales. Una actividad a contracorriente en la que la eficacia y el fruto se miden en otro orden. También de esto deberíamos aprender, pues se puede convertir en un signo eloquente de que es posible invertir la vida en algo que se sale del orden de lo que «merece la pena» en nuestro mundo, de los contenidos vigentes hoy, de lo que es eficaz o tiene valor.

⁶ FINNEGAN, William, *Años salvajes*, Asteroide, 2016, premio Pulitzer de biografía en 2016.

Aprender a surfear requiere, además, manejarse con el *miedo*, superar el más que fundado temor al océano y conocer lo más posible acerca del mar y su poder, y acerca de los límites de la propia fuerza y habilidad. Hay aquí otra gran enseñanza. Esa de *aceptar los límites*, que tanto nos cuesta. Los del momento, los de la edad, los climatológicos... No todo depende de nosotros, no todo está siempre en nuestras manos.

Esta aceptación de los límites y el contacto que el surf impone de la persona con la naturaleza, permite integrar otro elemento importante, el *ecológico*. La imagen de la tabla de surf, del surfista, nos habla de una necesaria armonía con la naturaleza y con uno mismo. Todas estas relaciones íntimas con la naturaleza, con la fuerza del océano, con la fuerza de los vientos, conducen a una cierta complicidad, una suerte de asociación con la naturaleza. Uno se siente mucho más cerca, más unificado, mucho más «uno». No se trata tanto de ganar o competir contra alguien, ni siquiera contra los elementos, sino más bien de hacernos cómplices de ellos, *cómplices del medio*, y también de la sociedad pero, sobre todo, cómplices armonizados con aquellos que surfear a nuestro lado.

3. Logos del surf

La «imagen alternativa» del surf para hablar de la vida consagrada, como hemos visto, se muestra inseparable de un cierto tipo de presencia, de comportamiento (*ethos*) pero también nos invita a *repensarnos* desde otras claves.

La sociedad emergente que trata de dar marco a nuestra presentación está gestando una generación de jóvenes diversa y muy cambiante. Los cambios generacionales se suceden cada vez a más velocidad. Pero hay un dato de una cierta falta de estructura que acompaña a los hijos de la postmodernidad, que

tiene bastante que ver con la situación de vínculos frágiles y cambiantes que vivimos, con la dificultad para la permanencia en cualquier orden de realidad y con la incapacidad de ver en ella un valor. Algo que se experimenta como carencia y que provoca la búsqueda de estructura y seguridad en signos externos diferenciadores, en normas, etc. El hecho de que el perfil de nuestras sociedades esté caracterizado por «la adicción a la seguridad» incide también sobre una emergente necesidad de seguridades y un cierto repunte –muy poco posmoderno, en teoría– de vuelta a la norma y a las estructuras como lugares de apoyo y de sostén.

El surf, como hemos dicho, requiere mucha fortaleza, mucho entrenamiento, «mucho músculo» y trabajar el equilibrio. Contemplarnos –en tanto que vida consagrada– como surfistas se torna en una invitación a pensar *los procesos de formación* como procesos de fortalecimiento y de aprendizaje que nos enseñan a «vivir en equilibrio», a recurrir a las fortalezas interiores para mantener la estabilidad, a no asustarnos si una y otra vez nos caemos y hemos de levantarnos, a adquirir una estructura interna no rígida. También a no ansiar equilibrios y estabildades estáticas, pues el mundo al que somos enviados es un mar bravío y en constante cambio y movimiento. Madurar es aceptar que *nuestro equilibrio siempre será inestable* y nos estará exigiendo salir una y otra vez de la postura más o menos confortable encontrada y a cambiar constantemente de posición sin perder el horizonte ni el sentido.

4. Surfeando en grupo (*eidós, ethos, logos*)

La tabla de surf y el surfista pudieran parecer una imagen excesivamente individualista. Muy a tono con nuestra sociedad, pero poco luminosa para dar cuenta de nuestras comu-

nidades o congregaciones religiosas. De ahí que sea necesario ampliarla al «grupo/equipo de surfistas».

El grupo comparte una dirección (la zona a la que se va a acudir) y una tarea/misión. Pero frente a la imagen de la barca, se abren posibilidades de *rutras diversas, ritmos distintos, diferentes acercamientos...*

Aquí, la comunidad no la constituyen simplemente los que van en la barca y, entonces, mientras estoy en alta mar no tengo más remedio que «resistir» y, tal vez, al llegar a puerto decidir si desembarcar o seguir. Con el surf, el concepto *comunidad* se torna más dinámico y también más exigente. Todos han de estar atentos y pendientes de los otros, para que el grupo pueda mantener su cohesión. Así la referencialidad y el vínculo no se pierden. Pero también se hace más evidente el requerimiento de la corresponsabilidad de todos y cada uno. Habrá momentos de expansión, de lejanía y momentos de concentración. Unos y otros han de ser respetados.

Por otra parte, la imagen también nos aporta alguna idea acerca del *liderazgo del grupo*. En los equipos de quienes surfean juntos existe una figura que marca el rumbo, pero el grupo va si cada uno va. Cada cual debe mantenerse en pie. Los compañeros pueden ayudarte, pero seguir al grupo y con el grupo pide una continuada decisión. En este sentido, la responsabilidad sobre la libertad personal y la autonomía son más evidentes; las relaciones, más simétricas; el liderazgo, más maduro.

Fuerza y experiencia se combinan. El surfista más experimentado es un referente para el joven que comienza. Pero hay lugares a los que, a pesar de la experiencia y la técnica adquirida, son las fuerzas las que no nos permiten acceder.

La unidad del grupo es menos evidente que en la barca, pero tampoco se da por hecha. No estamos unidos simplemente porque estamos en la misma barca, sino que se trata de una unidad que hay que construir y mantener minuto a minuto, día a día.

La conexión con surfistas de otros grupos o con los surfistas solitarios es más sencilla. El volumen del barco imposibilita una excesiva cercanía, mientras que las tablas pueden aproximarse mucho, facilitan la comunicación y la interacción, así como la percepción de que, en el mar, todos estamos a lo mismo. Sin olvidar que, incluso en un deporte tan libre como el surf, existe un «código» —no oficial— pero que todo surfista ha de conocer para poder convivir con otros en las aguas y no ponerles en peligro.

Por último, esta imagen nos conecta también con otro cambio en el *logos* asociado a la tabla de surf. Las travesías en barco son generadoras de *grandes relatos*, mientras que el surf conecta mejor con nuestra sociedad postmoderna, y su reclamo de *microrrelatos* que dejan más espacio a las diferencias, a la diversidad, a la pluralidad. En principio, podrían considerarse como historias fragmentarias e inconexas, pero si el espíritu que mueve al grupo (carisma) es fuerte, fácilmente se podrán ir entretejiendo los relatos construyendo un *relato común*.

V. LA NUBE

En la segunda imagen que propongo quisiera dar respuesta, preferencialmente, a otro aspecto presente en nuestra sociedad líquida: la ausencia y el rechazo, en cierto sentido, de referentes sólidos. Somos testigos de un tiempo de caída de referen-

cias y creencias, donde nada permanece, lo que ocasiona una gran confusión e incertidumbre respecto al futuro.

La percepción es la de que se está derrumbando una civilización y está comenzando a emerger una nueva. En estos *tiempos «bisagra»*, uno siente que lo de atrás ya no le sirve y lo de adelante no está claro. Al mismo tiempo, esta situación se nos brinda como una gran posibilidad y una gran responsabilidad.

La pregunta que atenaza al cristiano hoy es la de cómo es posible seguir creyendo, con responsabilidad moral e intelectual, en las promesas salvíficas de Dios cuando la experiencia de nuestro mundo parece contradecir, una y otra vez, las posibilidades de salvación de lo humano. Cuando la secularización parece impregnarlo todo y la emergencia o la sed de espiritualidad toma formas tan eclécticas, a veces, y tan contradictorias, otras, la sensación creada es de total confusión.

Nuestro desafío es el de hablar de esperanza a un individuo históricamente situado en realidades de no salvación, realidades que en muchos momentos nos tocan también a nosotros.

La caída de referencias y creencias y el hundimiento de los grandes relatos y de la razón moderna han conducido a afirmar que *no hay verdades absolutas*, sino que es preciso ir verificando constantemente lo que vamos sabiendo. Las ciencias parecen refrendar este posicionamiento, como nos invita a hacer el método de la falsación de Karl Popper. Por otra parte, en realidad, lo que podemos saber es una ínfima parte de lo real, que permanece misterioso. De hecho, los científicos reconocen que el 70% del universo no nos es todavía cognoscible.

También la situación cultural actual nos sitúa en unas condiciones de gran *perplejidad, desconcierto e inseguridad*. Hemos dejado un mundo, una cultura, una forma de comprender la

realidad, de relacionarnos con los hombres y con Dios, y todavía no se ha perfilado totalmente la nueva, sino que en estos momentos se está forjando y delineando⁷.

Esta ausencia de referentes firmes instala la *desconfianza* en una sociedad donde la confianza parece no tener más que dos objetos: el mercado y la competitividad.

Desconfianza, incertidumbre, incompletitud... acompañan la emergencia de una sociedad secularizada que mira, sin otorgar crédito, toda propuesta sólida, y prefiere la inestabilidad de su liquidez, que le permite no perder la idea de dinamismo.

Para dar respuesta a esta sociedad, y ser testigos de una vida que pivota alrededor del *«sé de quién me he fiado»* (2Tm 1,1), tal vez la vida consagrada debería cambiar su imagen de la roca firme de la fe por otra, más fluida, para estos tiempos fluidos. Una imagen más dinámica. Se trataría de ir más allá de la imagen de la fe como bastión sólido que nos protege; incluso más allá de la idea de arraigo en algo que nos funda y sustenta, hacia otra imagen que pueda conectar mejor con la sensibilidad hodierna.

No tendremos que buscar muy lejos, ni renegar de nuestras fuentes, pues la propia Sagrada Escritura nos proporciona una que se me antoja de gran interés para este viaje: la *nube*.

1. *Eidos: columna de nube vs. roca*

La nube es un símbolo privilegiado para significar el misterio de la presencia divina: manifiesta a Dios al mismo tiempo

⁷ CORDOVILLA, A., *Crisis de Dios y crisis de fe. Volver a lo esencial*, Madrid 2012, p. 23.

que lo vela. El simbolismo natural de las nubes, tan apto para favorecer la contemplación de la Sabiduría omnipotente (Job 36,22-37,24) debió favorecer la expresión de esta experiencia. En efecto, las nubes del cielo ofrecen dos aspectos principales. *Ligeras y rápidas* (Is 60,8) son mensajeras —a veces ilusorias—, pero con más frecuencia prometedoras de lluvia benéfica (1Re 18,44s; Is 5,6; Sal 78,23). Partiendo de aquí se comprende que puedan convertirse en «el carro de Yahveh» (Sal 104,3). Por otra parte, *sombrias, espesas, pesadas* como la bruma, forman un velo opaco alrededor del cielo (Job 22,13s) y de la mansión divina (Sal 18,12), cubren la tierra con una sombra terrorífica (Ez 38,9.16), huracán amenazador (Nah 1,3; Jr 4,13).

Cuando Dios habla desde el Sinaí, una nube había recubierto la montaña durante seis días, mientras que Yahveh descendía en forma de fuego (Ex 19,16ss). Según las tradiciones elohísta y sacerdotal, la nube sirve para realzar la trascendencia divina. Ya no hay fuego y nube, sino fuego en la nube: la nube viene a ser un velo que protege la gloria de Dios. Se quiere marcar la distancia entre Dios y el hombre. La nube, accesible e impenetrable a la vez, permite alcanzar a Dios sin verlo cara a cara (Ex 33,20). Desde la nube que cubre la montaña, llama Yahveh a Moisés (24,14-18). Por otra parte, si la nube protege la gloria, la manifiesta también: «la gloria de Yahveh apareció en forma de nube» (16,10); se mantiene inmóvil a la entrada de la tienda del encuentro (33,9s) o determina los desplazamientos del pueblo (40,34-38)⁸.

Nos interesa, sobre todo, la nube en la que Dios está presente a su pueblo en todo tiempo a fin de que pueda prose-

⁸ Cf. «Nuage». En: LEÓN-DUFOUR, X. (dir.), *Vocabulaire de théologie biblique*, Editions du Cerf, Paris 1962.

guir su marcha, asegurando también su protección, generando confianza: *la columna de nube*.

Para adentrarnos en esta imagen, debemos entender, en primer lugar, que dinamismo y estabilidad no son conceptos contrapuestos en el ámbito de la fe. Al contrario, ambos son necesarios, pero la vinculación entre ellos va más allá de la mera comprensión de la estabilidad como fundamento del dinamismo, se trata más bien de una exigencia intrínseca de la propia fe. Esta imagen bíblica, creo, puede ilustrar bien lo que intento decir:

«Yahveh marchaba al frente de ellos, de día en una columna de nube, para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego, para alumbrarlos...» (Ex 13,22).

«La columna de nube no se retiraba de delante del pueblo durante el día, ni la columna de fuego durante la noche...» (Ex 13, 21).

Se nos habla de una columna de nube. La columna es un símbolo espacial. La idea de columna, es la de solidez, la de punto de apoyo, la de sostén. Nos movemos aquí en un campo semántico clásico, que piensa a Dios como lugar firme, roca sólida, estable, donde el creyente se puede abandonar y en quien por ello puede esperar.

Pero, al lado de la columna, emerge nuestra segunda imagen: *la nube*. Por tratarse de una nube estamos ante una realidad que se mueve. Justamente por su virtualidad para moverse, puede ser compañía para Israel y guía en su camino. Se trata así de una imagen que nos remite a una presencia dinámica de Dios, que, al mismo tiempo que es centro que reúne, punto de referencia, es un signo que pone en movimiento, que guía. Porque la nube se mueve, puede guiar a Israel en su itinerario.

Porque la nube se desplaza, moviliza a Israel por el camino que Dios le indica. Presencia dinámica de Dios, por tanto, que a su vez dinamiza al pueblo. En un tiempo de movibilidades de todo signo, Dios se nos oferta como Aquel que acompaña todo desplazamiento, se nos ofrece como referencia constante que permanece con nosotros en la movilidad.

2. Logos: estabilidad dinámica

Este logos de un Dios que permanece con nosotros en la movilidad es la buena noticia que deberíamos transmitir a tantos hombres y mujeres obligados hoy a desplazarse contra su voluntad, por necesidad o por fuerza. En la movilidad, aun en la apariencia de algo tan sutil y tan efímero como una nube, está el Dios que acompaña y no se aparta nunca. Es más, en la noche, en la oscuridad, cuando no somos capaces de ver nada, la columna de nube se torna columna de fuego. En todo caso, se trata de una presencia que llena de confianza y hace ver, una presencia que orienta e invita a creer.

En una misma imagen se nos ofrecen simultáneamente dos aspectos aparentemente contradictorios: *la columna* –símbolo más importante de la estabilidad– y *la nube* –símbolo del dinamismo (la guía que conduce hacia la tierra prometida)–. En la columna-nube, *la estabilidad es movimiento* o se hace movimiento; y *el movimiento es la verdadera estabilidad*.

Esta imagen se me antoja especialmente elocuente en nuestros tiempos líquidos, para esta época de transición y cambios en la vida consagrada, en este tiempo bisagra en el que pareciera que todo está abierto y que constantemente hay que cambiar de dirección, corregir el sentido sin mapas previos, variar las mediaciones... Es seguro que se camina mejor, por el

desierto de esta época líquida, con una columna de nube que nos guíe y acompañe.

La nube, como la presencia del Dios-con-nosotros, como referente que se oferta a nuestro no-saber, a nuestras inseguridades, etc., resulta ser una imagen «gaseosa» para tiempos líquidos. La movilidad del gas es mucho mayor y, si la condición líquida de nuestra sociedad nos habla de su ausencia de contorno y de su pérdida de forma, la nube que acompaña fluye, *cambia de forma, pero no la pierde*, sobre todo no se pierde. La nube, simplemente, nos enseña que esa presencia puede ir tomando variedad de formas, que no podemos empecinarnos en que se mantenga en una, fija e inamovible.

3. Ethos: vida consagrada en salida

Constatar esta cercanía divina nos exige mirar hacia arriba, estar alertas; dejarnos sorprender por su presencia, que no puede ser dominada, ni controlada, ni fijada en nuestras formas y esquemas... (es el *ethos* que surge de esta imagen). La nube también se antoja una especie de «forma sin forma».

En un momento en que somos requeridos a ser «*vida consagrada en salida*» se hace importante contar con una imagen que nos recuerde que este *ethos* de la «salida» no implica alejarse del centro de nuestra vida, que no salimos de nuestros conventos y dejamos a Dios dentro; que salir no es una decisión que nace de nosotros. Alguien nos pone en salida y no solo nos acompaña, sino que nos conduce.

La *caravana itinerante bajo la nube* es una imagen preciosa para la vida consagrada comprendida como pueblo siempre en camino, siempre en salida, dejándose llevar y guiar, por Aquel en quien ha puesto su confianza.

La verdadera nube en el Nuevo Testamento será el Espíritu que revela (Jn 14,26), que dirige (Jn 16,13). Él nos guía si le permitimos ir delante (como a la nube); si la impaciencia y el cansancio no terminan haciéndonos «adelantar el paso»; si hacemos del *discernimiento* nuestro «maná» cotidiano.

En nuestra travesía por estas tierras de la modernidad que nos resultan extrañas e inhóspitas, en las que no terminamos de encontrar nuestro lugar, ni de generar fruto, ni de tener descendencia... la experiencia de la vida consagrada se asemeja algo a la de Israel, pero a la del Israel cansado, descreído de que exista una meta, el Israel tentado siempre de huir hacia atrás: volver a las «cebollas de Egipto», o hacia delante: buscarse la vida por su cuenta (construirse un becerro de oro).

La nube es presencia que nutre, que nos sostiene gratuitamente. El maná es la prueba, sin más exigencia que un límite: no retener más de lo necesario; no posesionarse; que a cada día le baste su afán.

El límite nos invita a valorar el regalo del presente, del «cada día» en el que seguimos siendo sostenidos, acompañados y dirigidos, aunque no seamos capaces de detectar cuál es exactamente el camino, aunque nos parezca que no hay una ruta diseñada, que no avanzamos hacia ningún lugar. También nos habla de una confianza que ha de ser fortalecida. El Dios que está hoy aquí, estará también mañana. Tratar de *asegurar el mañana ávidamente*, por más que queramos verlo como una señal de sensatez, de realismo, de responsabilidad, etc., puede ser signo de una cierta desconfianza, de un haber deslizado hacia nosotros y nuestras capacidades el peso del futuro, del salir adelante.

4. Nube: imagen natural y virtual

La «nube», como imagen, hoy es para nosotros más que una acumulación de agua en estado gaseoso, es ese espacio virtual donde mandamos todo lo valioso, todo lo que no queremos perder, lo que pretendemos que nos acompañe siempre, que esté en cierta manera disponible en cualquier situación, lo que no nos va a fallar nunca. En la nube ponemos nuestra confianza, nuestro trabajo, nuestros secretos.

De nuevo estamos ante una presencia, ahora virtual, porque no la vemos, pero creemos que está y, ciertamente, confiamos que nos acompañe allí donde vayamos. Ahora bien, a pesar de la confianza en que siempre estará ahí y mantendrá a buen recaudo todas mis cosas en ella, la cuestión de la seguridad y de la confianza son constantemente «piedra de choque» cuando se habla de la nube y nos muestra, junto a sus posibilidades, su vulnerabilidad.

Que la palabra «nube» para nuestros contemporáneos post-modernos es, antes que nada, un espacio virtual... lo demuestra que, en una primera búsqueda en Google con este término, necesitamos 10 entradas referidas a la nube virtual para encontrarnos con la primera que habla del fenómeno natural. Justamente, en Wikipedia. Después se recuperan de nuevo las entradas referidas a la *nube virtual* y son necesarias tres páginas para volver a encontrar una referida a la nube atmosférica.

Esto muestra que estamos ante una «idea», «logos», más que ante una imagen. Porque cuando la búsqueda se realiza en *Google imágenes*, la cosa cambia. No en el sentido de mucha mayor frecuencia de nubes atmosféricas, pero en la primera entrada, que versa sobre las ventajas de tener las aplicaciones

en la nube, curiosamente, la imagen utilizada es la de una *nube natural*.

La nube virtual se diferencia de la natural en que no es visible. Pero existen otras diferencias más importantes para nosotros: la nube bíblica no solo acompaña, sino que también guía; no solo acoge, también da. Es digna de crédito y de confianza, sin fisuras, de modo absoluto, sin fallos, sin vulnerabilidades por su parte. Y la más esencial: está siempre ahí por su voluntad, libremente. Nada ni nadie puede forzar su presencia, mientras que el valor de la nube virtual reside fundamentalmente en que tiene que estar ahí, disponible, para nosotros.

Aun así, no deja de ofrecernos algunos elementos válidos que nos invitan a seguir pensando. Bien mirado, el Dios siempre mayor, indisponible por definición, se hace el Dios siempre disponible en la columna de nube, por nosotros.

VI. LA VIDA CONSAGRADA COMO «TIERRA PARA OKUPAS»

La última imagen que me gustaría proponer esta tarde tiene que ver con los *okupas*. No se trata de «contemplarnos» como *okupas*... —aunque no tengo tan claro que la experiencia no nos viniera bien—. Se trata más bien de un reclamo para vivirnos más conscientemente como un «terreno» que debería estar a disposición de los *okupas*.

Esta imagen tiene un *logos* que la complementa y que tiene que ver con la polaridad *esperanza-desesperanza*. Porque, en el fondo, esta dialéctica está presente en el fenómeno de la *okupación*. Esperanza de encontrar un lugar que pueda ser vivido como propio, esperanza de tener casa, un espacio de acogida... Desesperanza o desespero como vivencia que impulsa a tomar posesión, para ello, de algo que no es propio, que es de

otro, pero que, de fondo, convierte «lo de otro» en «tierra de esperanza».

1. El eidos: *okupas* y límite

No se me oculta la problematicidad de esta imagen, ni el hecho de la diferencia que existe entre un tipo de *okupas* y otro... Pero mi atención no está dirigida al tipo concreto de *okupa* o a la situación particular que lleva a una persona a convertirse en tal... Esta imagen quiere ser, más bien, una invitación a dejarnos *okupar*.

Otra cuestión que emerge al hablar de los *okupas* y en la que se mezclan, nuevamente, imágenes, lenguaje y presencia es la del «límite». El *okupa*, en un sentido, es transgresor de un límite (la propiedad de otro), pero por otra está clamando por otro «límite» —el que deberían tener las sociedades en las que hay personas que tienen un montón de viviendas vacías y otras muchas personas y familias sin hogar—. El límite, también, que establecemos los países para que otros no entren en nuestro suelo nacional, para posesionarse de lo que juzgamos que «es nuestro», por el simple hecho de que, casualmente, nacimos aquí.

La idea de «límite» nos reenvía, por otra parte, a la *cuestión ecológica*. La crisis ante la que nos vamos haciendo, poco a poco, más sensibles es un eco del gemido de la creación del que nos habla la Carta a los Romanos. que es también el gemido del Espíritu desde ella. El papa Francisco, en la *Laudato si'*, nos invitaba a tener una mirada más integral que nos permita escuchar el grito de la humanidad, y también el grito de la tierra.

Esta crisis ecológica es el resultado de un modo de relacionarnos con la naturaleza que debe ser revisado y que clama por restablecer una relación armónica entre el ser humano y la casa común.

Justamente en el origen de esta crisis hay una insuficiente aceptación y manejo de los límites en nuestras sociedades. A lo que somos invitados es a *reconocer y confrontarnos con los límites* de nuestros deseos, de nuestro consumo, de nuestra existencia temporal, de nuestra capacidad de relacionarnos, de nuestras fantasías tecnocientíficas, etc. Aceptar una auto-limitación voluntaria es una tarea pendiente que deberíamos acometer a nivel personal y comunitario, y a mi modo de ver nos da pistas importantes para lo que debería ser una vida consagrada sostenible y unos votos sostenibles.

Esta aceptación de los límites tiene su fundamento en el reconocimiento del carácter sagrado de nuestra tierra, casa común, que es para todos: todos somos *okupas* en ella. De ahí el límite.

- El de una tierra que hemos recibido como don (pero que no es nuestra, somos administradores, *diákonos*, cuidadores), que pertenece a un Dios que se deja *okupar* y que nos destina a ser *okupas* de su vida divina.
- El de un mundo limitado: los límites de «una casa común» que tiene sus medidas, y que es «para todos», también para las generaciones futuras. No podemos vivir de tal manera que cercenemos la esperanza de las generaciones venideras, dejándoles como herencia una tierra devastada, contaminada, empobrecida. Una casa común que no podrá ser hogar «para todos».

2. El logos: polaridad esperanza-desesperanza

Pero la crisis que atenaza hoy con más fuerza nuestra sociedad no es la ecológica, ni la de la «increencia», ni la del repetidamente mentado secularismo sino, más bien, *la crisis de esperanza*. Este cambio de diagnóstico⁹ nos da la posibilidad de situarnos más cerca de la experiencia de muchos de nuestros contemporáneos. Desde Latinoamérica y África, desde muchas de nuestras ciudades españolas y europeas, desde Venezuela, Siria... y tantas otras situaciones de difícil salida, llegan voces tratando de recomponer la maltrecha esperanza.

En una postmodernidad que ha tratado de aniquilar el futuro y la idea de progreso que hacia él conducía, replegándose en el presente, esta ausencia de metas y este vacío de perspectivas de futuro no solo genera desilusión y depresión, su verdad se lee con nitidez en los ojos de quienes han caído en la cuneta de la historia y de la economía. Pero también, desgraciadamente, en quienes han caído en la cuneta de la irregularidad canónica dentro de la Iglesia, y mendigan un lugar en nuestras celebraciones y las migajas que caen de la mesa de nuestras eucaristías.

Al lado de un mundo en expansión, el mundo de las soluciones técnicas, el mundo virtual..., contemplamos un inmenso mundo humano en abandono, en situaciones de inhumanidad, estancado en sus posibilidades de desarrollo, rozando la misma muerte. Estamos, a la vez, en una sociedad con personas dedicadas, en gran parte, al entretenimiento (una parte de la humanidad); y en una sociedad (gran parte

⁹ Coincido en esta apreciación con Gesché: GESCHÉA.-SCOLAS, P. (eds.), *La Sagesse, une chance pour l'espérance?* Du Cerf, Paris 1998, pp. 7-8.

del mundo) con dificultad para vivir (carencia de agua, de alimentos, de libertad, etc.).

Ni la conciencia cristiana ni la de la dignidad humana nos permiten contentarnos con esperanzas particulares, para nosotros o para los nuestros. *Una esperanza que no pueda ser para todos no es esperanza*, una esperanza que no abarque la totalidad del ser humano, en todas sus dimensiones, no será nunca una esperanza cristiana.

La vida consagrada está constitutivamente llamada a ser signos de esperanza para el mundo. Un mundo desesperanzado, herido en la esperanza en casi todos los ámbitos de realidad: en lo personal, en la política, en lo cultural, en la economía, en nuestros modos de convivencia, etc. Pues bien, en este concreto momento histórico, cada vez estoy más convencida de que la vida consagrada está en una situación privilegiada para ser ese signo que debe ser.

¿Por qué? Porque nuestra esperanza también está herida, porque participamos del sentir de nuestros hermanos ¡en tantos ámbitos! Más que nunca, estamos llamados y posibilitados para ser testigos de «una esperanza contra toda esperanza», esa esperanza pequeña, frágil, que parece que nada puede, pero que da sentido a todo, y todo lo sostiene.

Estamos en un lugar privilegiado para mostrar que la esperanza cristiana tiene sentido allí donde todas las esperanzas humanas han comenzado a declinar; porque es distinta, porque no se nutre de éxitos, de triunfos, de potencia, de grandes números, de masas de seguidores... No es la esperanza puesta en el dinero, el poder, el éxito, el conocimiento. Ni tampoco la esperanza de la juventud, de las estadísticas de los grandes números, no es la de la fuerza... Se trata de la esperanza de

Jesús, la de la cruz. La esperanza de los que «no tienen lugar en la posada» (Lc 2,7), la de quienes mueren «fuera de la ciudad» (Hb 13,11-12)... en la cuneta de los «malditos» (Ga 3,13). La de los que no tienen «un lugar donde reclinar la cabeza» (Mt 8,20). Somos así reenviados de nuevo a la imagen de los *okupas*.

Nuestra situación de hoy nos ha convertido en excepcionales signos de la esperanza. Somos pocos, con pocas fuerzas, mucha edad, nuestras obras van desapareciendo o las vamos traspasando, no tenemos apenas reconocimiento público, tampoco es que eclesialmente se nos valore de forma muy preponderante. Lo que la gente ve es nuestra disminución, nuestra reducción, nuestra fragilidad y pequeñez. Por eso, es ahora más que nunca cuando podemos y debemos «ensayar la esperanza» siendo signos de esperanza.

Si nos ven esperar, nuestra esperanza será fiable porque no hay motivos humanos para que confiemos. Cuando nos vean confiar, comprenderán que hay «algo» que no se ve a primera vista en la esperanza cristiana; que es una esperanza libre de victorias y triunfalismos, que es la esperanza pequeña, humilde, y que, justamente por eso, se hace fuerte en su pequeñez y nos sostiene «contra toda esperanza».

Quizás nuestra identidad «más distintiva» como vida consagrada resida en este momento, en una capacidad de estar abiertos a todos aquellos cuyas vidas no van a ninguna parte, no tienen sentido, no son «nadie», no poseen nada... no tienen esperanza.

«Nuestra vocación es maravillosa, no porque nosotros seamos maravillosos, sino porque constituye un signo de nuestra maravillosa esperanza para la humanidad entera»¹⁰.

¿Qué tipo de presencia se espera entonces de nosotros hoy, en esta situación?

3. *El ethos: presencia posibilitadora de esperanza*

— Sostener la esperanza de los desesperanzados

La vida consagrada debiera convertirse en anuncio existencial de la esperanza, y no solo porque es capaz de afrontar su propia situación con la alegre esperanza cristiana, sino por sentirse llamada a sostener a sus hermanos en la esperanza.

Si nuestra misión más urgente en este momento es *sostener a otros en la esperanza*, esto quiere decir que, a la hora de re-organizarnos, de repensarnos, de planificarnos, de pensar caminos de futuro, el criterio no puede ser meramente lo que active nuestra esperanza o dé solución a nuestros problemas y desesperanzas, sino que habrá que preguntarse cómo ser portadores de esperanza para los más desesperados y, por ello, necesariamente desde la opción por los últimos, los excluidos, los más pobres, los diferentes, los que no tienen lugar.

Es así como la vida consagrada recupera su forma original. No cambiamos, nos re-organizamos o planificamos para ser más poderosos, para subir en el *ranking* de las instituciones prestigiosas, para recuperar la excelencia perdida. Si pensamos en renovarnos lo hacemos para dar vida, para desvivirnos por quienes no tienen opciones de vida, por aquellas hijas e hijos

¹⁰ RADCLIFFE, T., «¿Por qué ser religioso?»; Ib., *El manantial de la esperanza*, 53ss.

de Dios a quienes no se les reconocen sus derechos fundamentales y no sienten el amparo y el estímulo de la sociedad, por aquellos a los que se les ha sustraído toda esperanza.

La esperanza brota en ese espacio relacional que es el «entre» dos o más personas. Somos llamados a *esperar con los otros*, en ese espacio común, donde cada uno es responsable de los demás y, de alguna manera, rehén de su destino. De ahí que podamos decir que *la esperanza sólo es posible radicalmente en comunidad*.

Nuestra comunidad, la eclesial y la carismática, lo es en tanto que aquellos que la constituimos compartimos una misma esperanza. Las comunidades cristinas se reconocen por esto. Han sido convocadas por el Señor, que ha depositado en ellas un carisma y, con él, una tarea y una esperanza. La misión de la comunidad es mantener viva esa esperanza, gestarla entre todos, sostenerla entre todos, anunciarla entre todos, testimoniarla entre todos. Pero no podríamos «*estar alegres en la esperanza*» si ésta no incluyera a los otros, si lo que espero para mí no lo esperara también para aquellos a quienes amo y para toda la humanidad.

Compartir un horizonte de futuro une aún más que participar en el trabajo presente. Sólo *soñando futuros con otros y para otros* seremos capaces de afrontar los trabajos y las transformaciones que exigirá el camino para alcanzarlos.

Esto supondrá que, en algunos momentos, el rol de uno será, fundamentalmente, *soportar, sostener, mantener* a otros en la esperanza; y en otros momentos: *ser llevados, ser sostenidos* en la esperanza. En ocasiones, nos corresponderá alumbrar el camino con la luz de nuestra esperanza y, en otras, confiar

nuestra oscuridad y nuestra ceguera a la guía de nuestros hermanos y hermanas.

Cada generación ha de asumir esta tarea. En este sentido, esperar *con otros* es también ser capaz de asumir que los que vienen detrás precisan formular, de un modo diferente sus esperanzas, trazar otros caminos para alcanzarlas, pronunciarlas con otra gramática y gestionarlas con otros cambios.

— Esperar «por otros»

Pero no basta esperar *con otros* es preciso dar un paso más y ser capaces de esperar *para otros* e, incluso, de esperar *por otros*.

Porque ese don, que es «la esperanza, nos ha sido dada para servir a los desesperados» (H. Marcuse). El ancla de la esperanza cristiana es siempre esperanza para los demás. Y, si nuestra esperanza es para otros, entonces no hay lugar para una pasiva resignación, ni para un plácido ocuparse de sí mismo. Y si la esperanza cristiana solo es tal cuando se actúa en la dirección de lo esperado, esto implica el compromiso decidido para que también *el otro pueda esperar*. Y para ello, somos invitados a poner la vida entera en juego. Tenemos el «deber», la «obligación» de «no desesperar».

— Permitir que nuestra esperanza se llene de *okupas*

Hablamos, sobre todo, «de esperar por otros», es decir, de ser capaces de despojarnos de nuestra esperanza para que esta sostenga a otros, dé sentido a otros, alegre a otros y cumpla los anhelos y expectativas de otros. Ser capaces de permitir que la esperanza del otro, su futuro, pase por delante del nuestro propio.

Poner todo nuestro empeño en que sean los sueños de los desesperanzados los que ocupen nuestro tiempo, nuestro corazón. Permitir que nuestra esperanza esté llena de *okupas*. Unos *okupas* muy especiales: *las esperanzas de los desesperanzados*.

Ser tierra de okupas es una imagen que exige un *ethos* muy concreto: *hospedar sus esperanzas en mi esperanza* hasta el punto de que sean ellas las dueñas de mis desvelos. Y más allá de «hospedar», permitir «ser asaltado», «ser *okupado*» —en el sentido más propio— por esas esperanzas, que tal vez no son las mías, o no tienen mucho que ver con las propias, pero que permito que se adueñen de mi corazón.

Destinados a ser una «comunidad de esperanza», los más desesperanzados habrán de ser los privilegiados de esta comunidad. Solo así iremos aprendiendo a vivir una solidaridad con los derrotados de la historia que sea también capaz de despertar las esperanzas heridas y agotadas que se apagan.

— Una presencia de vida consagrada vulnerable y vulnerable

Estamos ante una gran oportunidad y una gran exigencia: la de demostrar con nuestra vida que somos hombres y mujeres esperanzados, aun cuando «aparentemente» no tengamos muchas razones para ello.

Se nos pide un *nuevo modo de presencia* que pasa por atrevernos a mostrarnos vulnerables y vulnerados. Aceptar y asumir la pobreza que caracteriza este tiempo histórico, de decrecimiento, de mengua de fuerzas, de falta de reconocimiento... como una oportunidad de *aproximarnos a la vulnerabilidad del otro desde nuestra condición vulnerable*.

No desde arriba, como salvadores, enarbolando un esperanza mágica que nos hace triunfadores y una solidaridad que parte del tener y del poder. La gran oportunidad nos la brinda esta situación de pobreza —que ya no podemos ocultar— que afecta a tantos órdenes, incluso al moral, pero que nos nivela y nos proporciona la ocasión de aproximarnos a los heridos de este mundo desde una experiencia común: la de experimentarnos, también nosotros, vulnerados.

Esto nos invita a un modo de presencia diversa: *desde abajo* —pero no un desde abajo postizo o de abajamiento desde nuestra altura—, sino desde abajo porque hemos encontrado un lugar de conexión en el que estamos en una situación verdaderamente compartida.

Solidarios, sí, pero *desde dentro* de las situaciones de pobreza, de desalojo, de falta de fecundidad y de futuro... que nos son comunes —al menos en cierto sentido—, que nos nivelan y que permiten, no solo «sentir con», sino sentir «algo» de lo que otros sienten.

Sabernos nosotros también, de alguna manera, expropiados de nuestra cultura, extraños en este mundo postmoderno que nos ha despojado de muchas seguridades y puntos de agarre firmes, que ha invalidado nuestros mapas, y sustraído las tarjetas de reconocimiento que nos permitían caminar con condición de ciudadanos distinguidos.

Quizás sea también una tímida invitación a *convertirnos en okupas* de esta sociedad emergente y esta posmodernidad inestable, a caminar más a la intemperie, más confiados en que, sobre nosotros, hay *una columna de nube* que nos guía y nos invita a salir, mar adentro, con otros, sin más utillaje y protección que *una sencilla tabla de surf*.

Cuando la espiritualidad no olvida los cinco sentidos

MONS. JOSÉ TOLENTINO DE MENDONÇA
Arzobispo Bibliotecario de la Santa Sede

La excesiva interiorización de la experiencia espiritual, por un lado, y el distanciamiento del cuerpo y del mundo, por el otro, siguen siendo, en gran medida, características destacadas de la espiritualidad que hoy se practica. Lo espiritual suele considerarse superior a lo sensorial. Lo espiritual se considera complejo, precioso y profundo. Lo sensorial se ve como epidérmico y siempre algo frívolo. Existe una sintomática condición descarnada en la vivencia de lo religioso que se refugia voluntariamente en una contraposición en relación con el mundo, del que se considera distante, por no decir extraño. En la llamada mística del alma, el Espíritu divino es radicalmente otro frente al instante presente.

No deja de sorprendernos, sin embargo, el realismo narrativo que adopta la Biblia desde el primer momento. De hecho, en el núcleo de la revelación bíblica no encontramos las oposiciones que se hicieron tan frecuentes después entre alma y cuerpo, interior *versus* exterior, práctica religiosa y vida ordinaria. En el centro está la vida, la vida que Dios ama porque, como enseña Jesús, «Dios es un Dios de vivos y no de muertos» (Lc 20,38). La concepción bíblica se aleja expresamente de las versiones demasiado espiritualistas. Propone una